

## Motivación retiro de Adviento

**Eduardo Pérez-Cotapos L. ss.cc.**

Clero de Santiago, Schoenstatt

Jv 24 noviembre 2022, 9:30 hrs.

Estamos por iniciar el adviento. Ese adviento que debe ayudarnos a abrir los ojos para reconocer al Mesías esperado en el humilde niño que nace en Belén. Un adviento que constituye el inicio del año litúrgico. Un inicio que, en el hemisferio norte, lugar de origen del calendario litúrgico, se da cuando la oscuridad y el frío invernal comienzan a acentuarse; el adviento se sitúa en un momento de aparente decadencia del mundo, en el cual parece que el sol será derrotado por las oscuridades de la noche. No olvidemos que la liturgia sitúa en nacimiento de Jesús en el momento de mayor oscuridad y tinieblas.

El adviento es, por lo mismo, un tiempo de esperanza. De una esperanza profunda, anclada en nuestra fe, y no en un cálculo de posibilidades. En este momento necesitamos creer con esa fe de Abraham, «esperando contra toda esperanza» (*Romanos 4,18*). Necesitamos creer con esa fe aventurera de Abraham, que «partió sin saber a dónde iba»: «Por la fe, Abraham, obedeciendo al llamado de Dios, partió hacia el lugar que iba a recibir en herencia, sin saber a dónde iba» (*Hebreos 11,8*). Estamos invitados a celebrar un tiempo de revitalización de nuestra esperanza, en un mundo que vive una crisis de esperanza, y de una juventud que parece haber perdido la esperanza y estar concentrada en un simple disfrute del presente, olvidando el pasado y el futuro.

Por lo mismo, el papa Francisco ha sido insistente: «No se dejen robar la esperanza» (*EG 86*). Estamos ante un desafío que afecta a nuestra misma capacidad de creer, de confiarnos en Dios. Nos hemos acostumbrado a «construir nuestro futuro», pero la realidad nos ha hecho entender que a pesar de nuestras buenas intenciones no hemos construido un futuro promisorio; ni siquiera en el ámbito eclesial. Nos experimentamos limitados e incapaces, tanto personalmente como institucionalmente. Esta experiencia, al igual que al pueblo de Israel en el exilio en Babilonia, nos está desafiando a creer en Dios con mayor hondura.

Quizá es conveniente recordar en este contexto que el gran profeta de los tiempos del exilio es el Deutero Isaías (caps. 40 en adelante), es primer autor bíblico que proclama a Yahveh como el creador del mundo entero, y por lo mismo, el único Dios. En medio de la fragilidad se afirma el monoteísmo y el carácter todo poderoso de este único Dios. Al mismo tiempo habla de un Dios de ternura, que viene a consolar a su pueblo. «¡Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice su Dios! Hablen al corazón de Jerusalén y anúncienle que su tiempo de servicio se ha cumplido» (*Isaías 40,1-2a*). Y anuncia el modo de actuar de este Dios único: a partir de la imagen pastoril

«Como un pastor, él apacienta su rebaño, lo reúne con su brazo; lleva sobre su pecho a los corderos y guía con cuidado a las que han dado a luz» (*Isaías 40,11*). A partir de la imagen sponsal: «Porque tu esposo es aquel que te hizo: su nombre es Señor de los ejércitos; tu redentor es el Santo de Israel: él se llama «Dios de toda la tierra». Sí, como a una esposa abandonada y afligida te ha llamado el Señor: «¿Acaso se puede despreciar a la esposa de la juventud?». dice el Señor. Por un breve instante te dejé abandonada, pero con gran ternura te uniré conmigo; en un arrebato de indignación, te oculté mi rostro por un instante, pero me compadecí de ti con amor eterno, dice tu redentor, el Señor» (*Isaías 54,5-8*).

Nuestra esperanza debe anclarse en Dios, no en nuestras capacidades. El amor de Dios cuidará de nosotros y nos guiará por senderos estrechos y ásperos, pero para darnos vida. Él es quien nos dará la vida plena, aunque muchas veces haciéndonos pasar por el desconcierto. Como canta el salmista, una vez superada la dificultad: «Porque tú nos probaste, oh Dios, nos purificaste como se purifica la plata; nos hiciste caer en una red, cargaste un fardo sobre nuestras espaldas. Dejaste que cabalgaran sobre nuestras cabezas, pasamos por el fuego y por el agua, ¡hasta que al fin nos diste un respiro!» (*Salmo 66,10-12*).

Desafiados a «esperar contra toda esperanza» enfrentamos el adviento. Un tiempo penitencial, pero de un tipo de penitencia muy especial. No se trata de hacer penitencia por nuestros pecados, por el mal que hayamos hecho. Sino que se trata de una penitencia para limpiar nuestros ojos, para despertarnos del sueño de la monotonía o de la tristeza. Limpiar nuestros ojos para poder ver la acción de Dios y nos estar centrados de modo autorreferente en nuestros dolores y desconciertos. Necesitamos cambiar de horizonte interior, tal como le fue pedido a Elías en monte Horeb. Elías se presenta a Dios diciendo: «Me consumo de celo por el Señor, el Dios de los ejércitos, porque los israelitas abandonaron tu alianza, derribaron tus altares y mataron a tus profetas con la espada. He quedado yo solo y tratan de quitarme la vida» (*1 Reyes 19,10.14*). Luego de pasar ante el profeta, Yahveh le pide que vuelva a su tierra, que Él le dará un discípulo, y que «preservaré en Israel un resto de siete mil hombres: todas las rodillas que no se doblaron ante Baal y todas las bocas que no lo besaron» (*1 Reyes 19,18*). ¡Te crees que estás solo, cuando hay 7.000 que han sido fieles!

El papa Francisco dice lo mismo con una imagen muy hermosa: «Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña» (*EG 84*). También lo señala de modo más programático: «Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven

a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano» (EG 278).

Tal como ve el desafío, el papa Francisco ve también las amenazas que se ciernen sobre la Iglesia en este momento de su historia, y que pueden conducirnos a ahogar la esperanza. Recojo con sus propias palabras dos de ellos que considero especialmente interesantes:

- EG 83. «... la mayor amenaza, que «es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad». Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, ... Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico».

- EG 85. «Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2 Co 12,9). ... El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica».

Este adviento lo celebraremos usando las lecturas del Ciclo A. En el segundo y tercer domingos se nos ofrecen textos sobre Juan Bautista. El primero presenta a Juan como un predicador apasionado; como un profeta que ardientemente llama a la conversión y anuncia los tiempos nuevos del Mesías (cf. *Mateo* 13,1-12). Escuchamos que a los fariseos y saduceos los llama «raza de víboras», que anuncia que «el hacha está puesta a la raíz del árbol», que es necesario «dar frutos de sincera conversión». El texto del tercer domingo (*Mateo* 11,2-11) nos muestra a Juan encarcelado y confundido al recibir noticias de las acciones de Jesús, al punto de enviar a sus discípulos a consultar a Jesús: «¿Eras tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?». Pese a toda la fragilidad de Juan, Jesús hace una gran alabanza de él. Teniendo presente nuestra situación, la primera lectura de este tercer domingo dice: «Digan a los que están desalentados: ¡Sean fuertes, no teman: allí está su Dios!» (*Isaías* 35,1-8.10).

**Para ir concluyendo.** Estamos en un momento muy duro, no se puede negar. Ni en el ámbito social, ni menos aún en el ámbito eclesial. Estamos haciendo una experiencia de nuestra fragilidad. Este es el espacio privilegiado para aprender misericordia, ternura y compasión.

Virtudes que se aprenden desde el dolor. Es un momento de gracia para romper nuestras tendencias mesiánicas y de verdad confiarnos nosotros mismos y a la Iglesia en las manos de Dios; de un Dios confiable que nos tiene un futuro hermoso.

Escapemos del desánimo nostálgico por el pasado, que no es más que un sentimiento autorreferente. Escapemos de la trampa de descalificarnos a nosotros mismos y a la Iglesia. Dios no se ha equivocado al llamarnos al ministerio; la Iglesia no hay «traicionado» su misión. Es cierto que tenemos muchos errores y muchos delitos, de los cuales necesitamos corregirnos y pedir perdón; pero el amor de Dios sigue ofrecido a nosotros. Jesús no se equivocó al elegir a Judas como apóstol; Judas sí que se equivocó al suicidarse, ese fue mayor pecado que entregar a Jesús, porque es olvidarse de la misericordia de Dios.

En este contexto, cuidemos muchísimo las relaciones humanas entre nosotros. Todos estamos heridos y golpeados, y por lo mismo ultra sensibles. Muchas veces actuando torpemente, reaccionando de mala manera, olvidándonos de elementos básicos de una sana convivencia humana. Cuidemos de no dañarnos personalmente, y evitemos la tentación de «separar antes de tiempo la cizaña del trigo». El obsesionarnos por «blanquear situaciones» es extremadamente dañino.

Este hoy es un hoy de Dios. Un hoy en el cual está germinando un futuro hermoso. Quizá muy diverso a lo actual, y por eso nos desconcierta. Está gestándose un nuevo modo de «ser persona humana», tan novedoso como lo fue el hombre renacentista en comparación con el hombre medieval. Está comenzando a germinar un nuevo modo de ser Iglesia, que ciertamente estará lleno de la presencia de Dios. Tengamos el valor de superar nuestros desconciertos, de limpiarnos los ojos y focalizarnos activamente en la búsqueda de la acción de Dios hoy.

*Apocalipsis 3,18b-19a:* A la iglesia de Laodicea ... te aconsejo ... cómprate «un colirio para ungir tus ojos y recobrar la vista. Yo corrijo y comprendo a los que amo».

*Apocalipsis 21,5:* «Y el que estaba sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas».